

CULTURA Y EXTREMA POBREZA

Intervención en el coloquio “Cultura y pobreza” organizado por el Sr. Antoine Lion, encargado de misión en el Ministerio de la Cultura, y el Centro Thomas More en L’Arbresle, los días 13 y 14 de diciembre de 1985, publicada en los Cuadernos Wresinski, nº 7, febrero 2004, Ediciones Cuarto Mundo, París.

Introducción

Hablar de una acción cultural en un medio pobre y reunir en un coloquio sobre este tema a personas con una experiencia sobre el terreno e investigadores no puede ser más que una suerte para las familias más desfavorecidas. Este coloquio puede ser una suerte para ellas si nos aclara:

- lo que debemos buscar conocer de los más pobres y
- el compromiso que esperan de nosotros.

Una reflexión así sobre cultura no es nueva. Solamente en estos últimos cien años, se han emprendido múltiples acciones culturales en lugares de miseria. Estas acciones han sido apoyadas por muchos movimientos de educación popular y en primer lugar por la Iglesia. Pensemos por ejemplo, en las bibliotecas y en las universidades populares que, en ciertas épocas, abundaron en los barrios poco favorecidos. En muchas obras y tesis se ha contado su historia, un esfuerzo notable de justicia. Sin embargo, también sabemos que este gran movimiento ha dejado escapar entre las mallas de sus ideales a muchos seres humanos.

Ciertamente no podemos acusar a los militantes de estos movimientos de haber rechazado deliberadamente a los más pobres. Su mérito fue comprender que toda acción verdaderamente cultural va mucho más lejos que la mera transmisión de algunos conocimientos. Su intención era crear una sociedad de justicia y de fraternidad gracias a un compartir cultural en sentido amplio. Una sociedad en la que todos los seres humanos se ayudarían unos a otros a comprender el mundo que les rodea, los vínculos que los unen y los medios para controlar los fracasos en conseguir la justicia y la fraternidad.

Nunca dejaremos de preguntarnos por qué a la humanidad le cuesta tanto reunir a sus miembros para realizar sus ideales democráticos de justicia y de fraternidad. Ninguna comunidad lo ha conseguido hasta ahora. El cuestionamiento que supone este fracaso se le plantea a la humanidad, y la respuesta proviene de cada ser humano, sólo de él. Como dice un proverbio africano con esa sencillez que le da toda su fuerza: “el remedio para el hombre, es el hombre”.

Esto significa en primer lugar que debemos estar persuadidos de que esta reunión concierne a todos los hombres. Lo que contradice esa idea de que, por un lado están los pobres que quieren la fraternidad y la justicia, y por el otro, los ricos que no buscan más que su propio interés. Este tipo de pensamiento, esta manera de ver la humanidad dividida en clases, es lo que crea guetos indestructibles, mucho más que el simple hecho de que algunas familias vivan en barrios de urgencia, barrios de chabolas o cuchitriles.

Es verdad que no todos los hombres se reconocen mutuamente. Algunos se imaginan que realmente necesitan la exclusión, la denigración de otros hombres, de otros grupos, para afirmarse ellos mismos. Es un hecho que, durante siglos, la violencia causada a los pobres ha creado

seguridad, si no cultura: excluía a algunos de nosotros, convertidos en cabezas de turco porque encarnaban aquello que la sociedad no quería ser, pero de lo que no estaba resguardada. Hoy en día, sin embargo, el miedo a todo aquello que no somos nosotros ya no es igual; nos damos cuenta de que la humanidad puede llegar más lejos desde la diversidad. También sabemos mejor en estos tiempos que, cualquier acción cultural importante que no estuviera fundamentada en cierta medida en la unidad y el agrupamiento de todos los seres humanos, estaría destinada al fracaso, no sólo con respecto a los ideales que profesamos hoy en día sino también porque, para tener un futuro en una humanidad que se “mundializa”, la cultura debe ser portadora de lo universal. Así que cualquier acción cultural que excluyera masivamente a los pobres, estaría destinada al fracaso.

La amplitud de nuestra visión sobre la cultura compartida no va, sin embargo, hasta la toma en consideración de los más pobres. Las cosas se siguen desarrollando todavía como si rechazáramos la idea de que el Cuarto Mundo pueda ser digno y capaz de tener una cultura, de que pueda forjar su propio conocimiento, un cierto control de la vida y del mundo, frágil quizá, pero que pueda ser interesante para otros. El Cuarto Mundo, a los ojos de muchos, es el vacío, el desinterés, la falta de inteligencia y la falta innata de creatividad. Lo poco que piensa es, si me apuran, malo. Podemos intentar educarle, pero está demasiado frustrado para que podamos soñar compartir con él una cultura.

Sin embargo, las familias del Cuarto Mundo tienen un conocimiento y una reflexión sobre el mundo. Desgraciadamente, ésta se elabora al margen del gran movimiento del control y de la comprensión del mundo, fuera de las corrientes de pensamiento y de las ideas que han forjado las culturas humanas.

I - UN MUNDO AGOBIADO POR LAS PROHIBICIONES

Esta marginación ha sido causada por las numerosas prohibiciones que pesan sobre el Cuarto Mundo. Permitidme citar algunas:

- prohibida la familia,
- prohibido el trabajo,
- prohibida la ciudadanía,
- prohibida la historia,
- prohibida la espiritualidad

Estas prohibiciones nos parecen características de la extrema pobreza. En cierta manera, han “des-culturizado” la miseria y explican bien, en nuestra opinión, la dificultad extrema para cualquier acción cultural en el Cuarto Mundo, tanto en el pasado como en el presente.

1. Prohibida la familia

Hablemos de la familia. El Movimiento ATD Cuarto Mundo nació en el barrio de chabolas de Noisy le Grand. Allí conoció más de 250 familias francesas excluidas de la sociedad debido a la miseria y cuya integridad familiar estaba mermada de mil maneras. Sobre todo descubrió una voluntad tenaz de todos estos hombres y de estas mujeres de vivir en familia. Este empeño por ser y continuar siendo una familia, contra viento y marea, lo hemos encontrado en cada hombre en situación de miseria. Por muy pobre o solo que esté, todos los hombres parecen pensar en la familia que podrían formar y que inscribirían en el seno de la comunidad que le rodea.

Afirmamos de buena gana que la familia es la riqueza de los pobres. No es algo seguro, porque todo se conjuga para destruirla, pero su apego a la familia es la prueba, si se necesita una, de su sabiduría. Porque los pobres saben muy bien que, sin familia, la cuestión de su miseria ya no se plantearía más entre los ricachones. Saben, por experiencia, que con las expulsiones, el vagabundeo, la retirada de la tutela de los hijos, los ricos buscan, consciente o inconscientemente, desarticular, incluso destruir la familia pobre.

Los más pobres saben muy bien lo que se esconde detrás del intento permanente de introducir a la fuerza en sus hogares la contracepción y el aborto. Saben instintivamente y por experiencia lo que piensa el mundo que los rodea: que los más pobres no deberían tener hijos, que las familias como las suyas no deberían existir. Valdría más que nunca hubieran sido fundadas.

2. Prohibido el trabajo

Sin cualificación profesional, con sus aptitudes laborales mermadas por el cúmulo de privaciones a todos los niveles, zarandeados de un empleo a otro, de un puesto a otro, los trabajadores subproletarios no pueden considerarse trabajadores como los demás. Para salvar las apariencias, afirmarán: “Yo he hecho todos los oficios, sé hacer de todo” obviando la realidad de su condición, bien resumida en estas palabras que se han convertido para ellos en un slogan: “36 oficios, 36 miserias”.

No solo son responsables los empleadores. Ellos conocen el rechazo de los obreros cualificados a tener al lado a alguien que no ha podido aprender a trabajar y que, debido a ello, es como si le insultara. Igual que le insulta con su lenguaje, su falta aparente de valores, de la causa obrera. Lo que se cuestiona aquí es la identidad misma de trabajador subproletario.

Me acuerdo de un barrendero que no se atrevía a comer en la cantina y que, solo en su esquina, comía al fondo de un hangar.

3. Prohibida la ciudadanía

¿Somos conscientes de las causas materiales, incluso legales, que pueden impedir a un hombre o una mujer, inocentes de cualquier crimen, ejercer sus derechos de ciudadano? Por ejemplo, la vida errante que te lleva de una comuna a otra, impidiendo adquirir un domicilio reconocido, o que otorgue el derecho a estar en el censo electoral. O el hecho de ser beneficiario de la ayuda social que, en determinadas circunstancias impide ser elegible. ¿Y qué decir del ciudadano que no tiene los medios de presentarse en una reunión sindical o política, leer y comprender los programas, expresar sus opiniones en los términos deseados?

Pero esta prohibición pesa aún más en lo que no se dice, lo inconfesable, lo no estructurado, en esta democracia que se vive cotidianamente en el barrio, en el ayuntamiento, en la escuela, donde ningún subproletario se arriesgaría a expresar su opinión o sus aspiraciones, por miedo a ser ridiculizado, mal visto, privado de las ayudas que necesita para vivir, expulsado del humilde puesto que ocupa de forma precaria...

Las familias más pobres, oprimidas por mil preocupaciones, humilladas por no poder dar respuesta a situaciones sin salida, acusadas de ser irresponsables, tachadas de vivir como lo hacen porque quieren, nunca abordadas como ciudadanas, ni siquiera se atreven a reconocerse a sí mismas como ciudadanos igual que los demás.

4. Prohibida la historia

La cuarta prohibición que empuja hacia la marginación cultural, decía antes, es la prohibición virtual de entrar en la historia de los otros, de ser reconocidos como parte de ella.

Los más pobres saben en lo más profundo de sí mismos que la lucha que llevan a cabo día a día es en realidad el combate de toda la humanidad contra la extrema pobreza y la exclusión. Saben que su combate no es exclusivamente suyo sino el desafío más real que se le plantea a toda la humanidad. Porque cualquiera que sea privado de todo medio para hablar, actuar y mostrar sus capacidades humanas cae irremediabilmente en la miseria. Cualquier ser humano lo sabe y se defiende de ello. Por eso la cuestión de la miseria atraviesa toda la historia de la humanidad. Surge de manera más peliaguda a intervalos regulares, según las regiones y las coyunturas, pero nadie niega su permanencia. Al espíritu humano se le ha como adherido la conciencia de su existencia.

Sin embargo, los más pobres están prácticamente ocultos en la historia de las diferentes sociedades, apenas aflora de vez en cuando su existencia en nuestros escritos. ¿Sigue siendo nuestro miedo lo que les deja de lado o creemos realmente que su vida no tiene ningún interés para nosotros? Todo ocurre como si no tuvieran una historia propia, como la tiene el campesinado, la clase obrera, la burguesía, la nobleza. Sin embargo esta historia existe, pero, considerada como despreciable, no consigue expresarse en ningún sitio. Los más pobres no pueden expresar en ningún sitio su valentía para luchar contra viento y marea, su rechazo de verse reducidos a la condición que sufren. En ningún sitio pueden dar testimonio de su combate que sin embargo es esencial para el Hombre, para hacerse respetar de aquellos que, a lo largo de todas las épocas, les reprimen y les excluyen. Ningún pueblo puede hacerse comprender si no puede transmitir su historia con honor, si él mismo no tiene de su historia más que una visión negativa.

5. Prohibida la espiritualidad

La quinta y última prohibición que he nombrado es la de la vida espiritual. Probablemente es la más grave y la más decisiva.

El más pobre conoce, más que nadie en el mundo, la debilidad del ser humano. Todos los días tratan con empleados, agentes sociales, voluntarios, todos los cuales tienen su idea, su análisis, su propuesta para responder a sus necesidades inmediatas. Y sin embargo, no es a ese nivel donde el más pobre quiere encontrarse con ellos. Lo que ve en esas personas es, ante todo, su capacidad de vincularse con la humanidad que hay en él. Es su capacidad de asir todo aquello que se encuentra más allá incluso de todos los problemas inmediatos, es decir: la vida, la muerte y, porqué no, ¡Dios!

¿Qué sabemos de este pensamiento del pobre sobre Dios, sobre el “más allá”? ¿Qué sabemos de lo que conoce de la espiritualidad de la humanidad? ¿Qué sabemos de su voluntad de vivir juntos, de su voluntad de buscar lo que nos une? Según su opinión, ¿para quién vivimos? ¿Para qué Dios? ¿Para qué ideología? ¿Para qué verdad? ¿Qué sabemos de su conocimiento sobre este insondable misterio del hombre en busca de su totalidad, de su unidad? ¿Por qué, en su nombre, acusamos al mundo de todos los males sin ni siquiera conocer su propio pensamiento? ¿Por qué en cuanto tenemos ocasión le movilizamos contra los demás sin ni siquiera saber lo que él espera de ellos? ¿No creemos que compartir este pensamiento sobre el mundo y sobre Dios moviliza tanto cómo una buena gestión de las ayudas familiares, o que la concesión de una vivienda mediocre? ¿O pensamos realmente que el más pobre no piensa, que no tiene vida espiritual? Si no conseguimos

superar esta prohibición, cualquier acción cultural es vana, porque la espiritualidad del pobre es la que nos recuerda que somos de una misma humanidad. Si no entramos en esta espiritualidad, es inútil ir a hablarle de cultura.

6. Sin cultura no hay saber que sea camino hacia uno mismo y hacia otros

Todas estas prohibiciones pesan considerablemente sobre las familias más desfavorecidas, las mantienen excluidas de todo lo que forma la base misma de toda cultura, de los medios para crearla, de todos los lugares en los que vivirla y compartirla. Sin familia, el ser humano no puede transmitir, sin historia, no puede desarrollar su conciencia, sin trabajo, no puede crear, sin ciudadanía, no tiene pertenencia, sin espiritualidad, no puede soñar con Dios. Siempre será un ser humano, pero su manera de ser, de pensar y de vivir no será como la de otros. Será aquello a lo que ningún ser humano está destinado: un solitario.

Será un ser humano y tendrá un saber e incluso una cultura, pero será un saber y una cultura mermada, desmigajada, que no le permitirán tener un lugar en el mundo lo que sí podría tener conociendo sus raíces, reconociéndose de una familia, de un medio social. Será un saber inútil, incluso para él – por fin podemos decirlo – si “saber” quiere decir: poder participar en lo que hacen y son los otros.

El saber y el pensamiento de los más pobres son tanto más frágiles cuanto que aquellos cuyas ideas no pueden expresarse, ni ser escuchadas, no pueden consolidar sus propias convicciones. También serán fácilmente el juguete de todo poder arbitrario. Se someterán a las ideas de los demás y se convertirán en sus esclavos (“esquirols” como se dice en medios obreros) Sabrán aún menos que antes quiénes son en realidad, y no serán hermanos, compañeros por y con los demás. De su saber mal construido, de su pensamiento despreciado, de su manera de ser reprobada, ¿gracias a qué dinámica estos hombres, mujeres, familias pueden pasar a una cultura de reunión y de fraternidad tal cómo sueñan en el fondo de su soledad? Me gustaría pararme unos instantes con vosotros sobre esta cuestión.

II - DE LA VERGUENZA A LA AGRUPACIÓN, CAMINO HACIA UNA NUEVA CULTURA

Uno de los primeros sentimientos que experimentan los más desfavorecidos hacia un entorno, una sociedad sobre la cual no pueden influir, es la vergüenza. No es una vergüenza con respecto a digamos normas socioeconómicas, educativas o culturales, sino que es una humillación real, para empezar, por haber pasado 10 años de su juventud en los pupitres de una escuela que no ha sabido enseñarle a leer o escribir. Más allá del agravio de haber fracasado ante la mirada de los demás, está la mortificación de no haber podido controlar la escritura, de no haber podido hacer suya esa magia de las letras y de las palabras, manteniéndose de esta manera excluido de la larga historia de la escritura.

Esta mortificación le persigue toda su vida, porque el pobre sabe bien que el hombre no es hombre más que cuando consigue forjar la materia y hacer cuerpo con ella. Sufre la mortificación de tener diez dedos de los que no puede servirse. Sufre de verse acorralado en trabajos invisibles e impuros, trabajos que nunca le permitirán elevarse al rango de trabajador reconocido, trabajos que nunca le darán los medios para manifestar su humanidad junto a otros trabajadores, con otras personas. Esta búsqueda de humanidad de los más pobres de la que ya hemos hablado y que inspira todos sus esfuerzos vitales, nos introduce en los tres círculos en los que debería, sucesivamente, poder

moverse, siendo el movimiento de uno a otro, me parece, la única dinámica susceptible de conducirles hacia una cultura universal de la que ellos mismos serían los primeros agentes. Quiero hablar de la vergüenza, del rechazo y del agrupamiento.

El primer círculo es el del encierro en la vergüenza: la vergüenza de una población enfrentada a condiciones de vida en las que sólo puede contar con sus propias fuerzas. Esta vergüenza parece ineludible. Sin embargo crea alrededor de las familias un **segundo círculo**, más amplio que el primero, porque empuja a las familias hacia el mundo que las rodea. Es **el círculo de su rechazo a vivir esta condición**, y su empeño para combatirla tanto para ellas, como para los demás. Podríamos decir que es un combate ineficaz, pero este rechazo de los más pobres evidencia, por lo menos, lo conscientes que son del carácter anormal de su condición. Si las prohibiciones que pesan sobre ellos, la pobreza de su cultura o la vergüenza les encierran, su consciencia sin embargo, no se ha dejado enjaular. Pero la consciencia no es ciencia. La exclusión no puede ser superada sin medios. La consciencia de los más desfavorecidos necesita encontrar la consciencia de otros hombres que también rechacen la exclusión.

De ahí **el tercer círculo** en el cual desembocan naturalmente los dos primeros: **el del agrupamiento**, el de la solidaridad, cuya puerta nunca se cerró del todo ya que en el fondo de sí mismas, todas las personas rechazan la exclusión. Este rechazo es el que, en principio, hace de los hombres sujetos de una comunidad, sujetos de cultura. Dejarme deciros aún una palabra más sobre los círculos de la vergüenza, del rechazo y por fin del acuerdo y de la unidad que, en un encadenamiento perfectamente conforme con la naturaleza y el destino de la humanidad, puede dar nacimiento a una verdadera cultura universal del rechazo a la miseria.

1. Una cultura avergonzada, al margen del derecho a la cultura

La vergüenza que sienten los más pobres los pone al margen del derecho a la cultura. Cierra el círculo vicioso: la vergüenza de verse desterrados de los recursos culturales les aleja todavía más de nosotros. En efecto, cuando tu vida no tiene continuidad y te excluye de la pertenencia a una comunidad, no puedes ser sujeto cultural. Pero no olvidemos que esta discontinuidad de la existencia se convierte paradójicamente en una experiencia continua que se inscribe en la memoria de los pobres.

Esto es lo que muestra la historia de la familia de Patricia, 8 años, que exclamó de manera improvisada durante una actividad del eje cultural¹: “¡Mi tatarabuela vivía en un barrio de chabolas!”

Aquí tenemos una manifestación de la consciencia de una continuidad histórica en la cabeza de esta niña cuya vida familiar, sin embargo, está caracterizada por la discontinuidad. Sabemos que la familia perdió miles de veces su vivienda, y que en esas mismas ocasiones, el padre de familia tuvo que cambiar de empleo cada vez, pasando largos meses en el paro. Las mudanzas y la retirada de la custodia de los niños van evidentemente a la par, con toda la inestabilidad escolar que provoca una existencia así. De esta manera, crear una amistad se vuelve imposible. Sobre todo, la relación con los conocimientos escolares clásicos se hace particularmente tenue, tanto como para los padres la relación con experiencias pasadas por poco sólidas e instructivas que sean. Cualquier proyecto de vida se hace ilusorio ya que requiere a la vez experiencia, saber y medios a largo plazo. Por

¹ Centro cultural que tiene como actividad de base la biblioteca. Está integrada en las cité y barrios más pobres. Quiere ser un lugar de encuentro cultural (lectura, teatro, música, expresión corporal...), un lugar de expresión de los niños y de todo su medio social, un lugar en el que compartir el saber y el saber-hacer.

nuestras propias experiencias, nosotros sabemos lo difícil que es realizar tu destino cuando eres empujado regularmente fuera de tu medio familiar, fuera de tu contexto habitual.

Esta discontinuidad hace del mundo de la miseria un medio sujeto a influencias en el espacio e inestable en el tiempo, incapaz de crear, incapaz de construir un futuro. Arrojadados fuera del derecho, los más desfavorecidos, debido a esta discontinuidad, se quedan cada vez más atados, al margen del derecho. Esto les obliga a imaginar respuestas personales e inmediatas a las cuestiones planteadas por la vida.

Respuestas que mitigan el presente, sin construir un futuro y que por ello son respuestas situadas de alguna manera fuera de la cultura, hechas de migas de la cultura que te queda de la eterna agitación de las peripecias de la existencia.

Y el Cuarto Mundo sabe que no podrá construir nada estable y prometedor para los suyos mientras se les mantenga al margen de los derechos elementales: instrucción, trabajo, vivienda, ingresos. Por lo inconstante que es su vida, lo que le hace parecer inconstante a él, el Cuarto Mundo nos dice una y otra vez lo vano que es querer hablar de acceso a la cultura sin hablar de acceso a la seguridad elemental de la existencia.

Tenemos que volver todo el rato a estas cinco prohibiciones de las que hablaba antes. La cultura humana se fue forjando a través de una lenta comprensión, una lenta construcción de las cinco realidades de la vida humana que se les prohíben a las familias del Cuarto Mundo. Estas realidades son hoy: el derecho al trabajo, el derecho a la familia, el derecho de ciudadanía, el derecho a la historia y el derecho a la espiritualidad.

Estos derechos que forman la base de los Derechos Humanos crean, efectivamente, esta situación a la que el ser humano aspira desde hace mucho tiempo: poder vivir en comunidad dignamente y sin ser dependiente del otro. Esta autonomía con respecto al otro es la garantía de la libertad individual y colectiva inseparable de la dignidad a la que aspiran todos los seres humanos. La situación que vive el Cuarto Mundo demuestra perfectamente que sin el reconocimiento de estos derechos, los hombres no pueden ser seres de cultura de pleno derecho. De lo que a lo mejor nos damos menos cuenta es que esta situación conlleva un sentimiento de vergüenza que invade a las personas hasta el punto de que las encierra no sólo en su medio social sino en ellas mismas. De esta manera se convierten en personas privadas de cultura de por vida.

2. Una cultura de rechazo, una cultura de la dignidad

Aunque la miseria se viva con vergüenza, ésta no rompe sin embargo la consciencia de los hombres que son víctimas de ella. “Me gustaría que nos ayudaran a comprender el por qué de las cosas. ¿Por qué la gente que no tiene nada es rechazada por los demás?” Se indigna un padre de familia en el curso de un foro sobre “La realidad obrera del subproletariado” A través de esta simple pregunta, sabemos que la miseria empuja a interrogaciones que son como una puerta abierta, no sobre nuestra cultura, sino sobre una cultura cuestionada y renovada.

Porque el más pobre desarrolla su consciencia, no tanto en contraste con la riqueza sino en el rechazo de la exclusión que muestra su voluntad de comprender a la vez lo que vive y el mundo que le rodea. Este rechazo se expresa a través de la voluntad de no dejarse ahogar completamente por la fealdad del barrio, por la voluntad de encontrar, crear constantemente un espacio por el que intentar escapar de la tristeza del lugar. Este rechazo, es el rechazo de ser retenido, ser aspirado: “Hay que espabilarse”, escuchamos a menudo en los barrios. Como en Stains, después de haber

rodado una película que mostraba su combate para conseguir un realojo, las familias dijeron: “Tenemos que estar a la altura”.

Este rechazo también se ve al no dejarse arruinar por culpa de una mala reputación que te persigue como una sombra. Este rechazo no es una adaptación a las normas exteriores. Es la expresión de una consciencia profunda de lo que deben ser los hombres y sus organizaciones. Las familias del Cuarto Mundo saben perfectamente que ningún niño puede aprender si los otros le rechazan.

También, en la vuelta al colegio, siempre hemos visto a los niños del Cuarto Mundo bien vestidos. Los más pobres presienten que nadie puede ser aceptado entre los suyos si no tiene la capacidad de mostrarse como persona responsable de su destino. Saben que si el derecho puede ayudar a liberar a los hombres de la dependencia, hay que ser capaz de controlar este derecho y responderle asumiendo responsabilidades, si no se quiere vivir en la asistencia. Detrás de una intuición así – porque el pueblo del Cuarto Mundo es un pueblo de intuiciones – se esconde toda una manera de ver la naturaleza y la historia de la humanidad.

Aunque es verdad que en un momento de su existencia Occidente ha puesto al pobre bajo la protección de Dios, también es verdad que, a continuación, se ha obligado al pobre a trabajar y a hacer méritos. Manera de hacer ciertamente criticable, si el trabajo se convierte en el valor absoluto, reemplazando el valor inalienable de todos los hijos de Dios. Pero ¿acaso no era un intento, a pesar de todo, de traducir la intuición de que las sociedades de derecho futuras no podrían mantenerse más que en función de las responsabilidades que cada uno aceptara asumir?

Lo más pobres tienen esta intuición. Decir también que rechazan el trabajo es ofenderles. Tienen más sed de responsabilidades que nadie. Pero también saben mejor que nadie que para poder asumir responsabilidades necesitan medios y tienen derecho a disponer de estos medios. Debido a que no han tenido acceso a esos medios, han pagado cara la evolución de nuestras sociedades. Fortalecidos por su experiencia, nos recuerdan que nuestra cultura ha confundido el hombre y el trabajo, hombre con derechos y responsabilidades por una parte y por la otra, obligado a fatigarse en el trabajo.

La finalidad de toda influencia sobre el mudo ¿no es permitir a los hombres que se construyan libres, controlando a la vez su relación con la materia y su relación con la comunidad humana? En todo caso, con esta perspectiva hemos planteado las acciones culturales que, desde hace 28 años, hemos lanzado en varios países del mundo, siempre partiendo de que cada persona rechaza la miseria que destruye al hombre.

3. Una cultura de agrupamiento y solidaridad

El pueblo del Cuarto Mundo está situado en la articulación de un mundo que no ha conseguido vencer la miseria y un mundo que rechaza pensar que será siempre así. De un mundo de contradicciones y de búsquedas en las que él, el Cuarto Mundo, paga los platos rotos. Esto lo sabe el Cuarto Mundo. Y también sabe que, solo, no puede vencer la exclusión que sigue perdurando. Sabe que necesita de los demás, pero presente que sin ellos, el mundo no vivirá en armonía.

Sabe que el resto de la gente tiene poca paciencia con él. Testigos de todos esos proyectos, programas comenzados, interrumpidos, vueltos a retomar y que nunca han conseguido destruir la miseria. Y bien sabe Dios que ha habido muchos. El Cuarto Mundo sabe bien que la discontinuidad de su propia vida de la que hablábamos antes refleja la discontinuidad de los

compromisos que las diferentes sociedades asumen con respecto a ellos. Sabe que la continuidad de la sociedad con respecto a ellos se sitúa más bien en el desarrollo de teorías sobre su condición, más que en la búsqueda de una acción común, la del esfuerzo de manifestar la solidaridad entre seres humanos. El Cuarto Mundo conoce todo esto y sin embargo mantiene la voluntad y la esperanza de que esto cambie, que por fin se lleve a cabo un encuentro y gane la fraternidad.

La cultura es creación, encuentro entre personas, producto de los intercambios entre seres humanos. Se encuentra inmersa en la historia de la humanidad. Es la historia misma de la humanidad, modelada, forjada entre todos. Es la negación misma de la fatalidad del cabeza de turco como vector de promoción. Igual que es la negación de la fatalidad de considerar que existen hombres que son un desperdicio normal de la humanidad.

Sin embargo, si la humanidad quiere ir más allá de estas teorías falsas de que se necesita un cabeza de turco, o del residuo normal, se tiene que unir a este pueblo de la miseria, comprometerse con él. Necesita formarse, necesitamos formarnos en contacto con él, con la conciencia que tiene él de su propia situación, con el rechazo con el que le planta cara. Debemos descubrir el precio que paga el Cuarto Mundo para intentar hacer vivir a sus hijos otra condición.

Fortalecidos gracias a este encuentro, nos será posible imaginar con el Cuarto Mundo, crear con él, compartir con él unos ideales que entonces serán seguros y por ello, una cultura de agrupación universal y por tanto, duradera.

III - UNA NUEVA POLITICA CULTURAL

La perspectiva que nos ofrecen los más pobres no nos conduce únicamente a crear algunas actividades culturales en su medio social. Nos abren diversos horizontes sobre una verdadera política cultural que estaría fundamentada sobre estos cuatro principios:

- que el derecho a la cultura debe realizarse al mismo tiempo que el de las seguridades materiales más elementales como el techo, la salud y los ingresos;
- que debe realizarse a la vez que el derecho estricto a la escuela, a la formación profesional y al empleo;
- que el derecho a la cultura se fundamenta primero en el derecho a la expresión y a la consolidación, para todos, de su propio saber, de su propia experiencia y reflexión o pensamiento;
- y que el reconocimiento de la historia y de la identidad propias de una población es la base sobre la que se pueden favorecer todas las formas de acceso a la cultura del mundo que les rodea.

Entonces comprendemos, concretamente, que no se trata en absoluto de “distribuir cultura” a las 350000 familias francesas muy pobres que están privadas de ella. Se trata fundamentalmente de permitir a toda esta población que sepa que es sujeto de cultura, hombre de cultura. Se trata de permitir al conjunto de la sociedad que reconozca que el más pobre de sus miembros tiene derecho a la cultura, que es capaz de ser uno de sus actores y que su contribución es esencial para todos.

Llevada a cabo en estos términos, la acción cultural es efectivamente primordial. Permite plantearse la cuestión de la exclusión humana de una manera más radical que cuando se trata del acceso al derecho a una vivienda, a un trabajo, a los recursos o a la sanidad. Podríamos pensar que

el acceso a estos otros derechos se hace ineludible cuando es reconocido el derecho a la cultura. Transmitir un patrimonio cultural significa integrar a aquellos que lo reciben en ese mismo patrimonio del que se convierten en herederos. Significa crear una misma historia, identificarse cada uno con la voluntad de crear un destino común entre todos los creadores de ese patrimonio. Nada es más difícil para los que poseen el saber, ya que para aceptarlo, tienen que reconocer que los más pobres también son, al igual que los demás, creadores de cultura. Si son reconocidos a ese nivel, la primera dinámica que habría que poner en marcha sería la de la creación de espacios de expresión: lugares de encuentro de todo tipo, en donde las familias del Cuarto Mundo, niños, jóvenes y adultos puedan compartir sus ideas, profundizar su pensamiento y desarrollar su creatividad colaborando con personas provenientes de otros medios sociales. Estos lugares, al igual que las universidades populares Cuarto Mundo² o los ejes culturales creados por ATD Cuarto Mundo, deben ser cruces de caminos en los que se puedan llevar a cabo intercambios entre la experiencia de vida del subproletariado y la de otros ciudadanos. Deben ser lugares que permitan crear relaciones nuevas entre las personas y por lo tanto crear una cultura nueva.

Permitir al mismo tiempo a cada persona comprender el mundo que le rodea, la historia según va sucediendo para poder convertirse en sujeto y actor de la misma, ésta será la segunda dinámica de cualquier acción cultural en ambientes de miseria. Es con esta perspectiva con la que el hombre del Cuarto Mundo busca sin cesar, aunque en vano hasta ahora, inscribirse en el medio que le rodea. Para que por fin tenga éxito en esto, necesita comprender en qué puede ser sujeto del pensamiento y de los acontecimientos del mundo, en qué es ya ciudadano al igual que los demás, en el seno de una única y misma historia.

Ya lo hemos dicho antes: en las condiciones actuales esto es imposible. Efectivamente, la miseria paraliza las facultades intelectuales del ser humano, restringe su visión de la sociedad, mientras que toda creación, todo proyecto de vida se construye sobre un saber en constante evolución. El desarrollo, la expansión progresiva de las potencialidades del alma es por lo tanto un derecho inalienable de todos los seres humanos.

Las capacidades intelectuales, el saber, la cultura general, son claves. El oficio debe convertirse en su motor. El saber es la llave de acceso al oficio, el oficio a su vez se hace motor de las facultades del espíritu, del saber y del desarrollo de la cultura. De esta manera se abre el acceso al control del medio que les rodea, al control de los derechos. Controlar un derecho es incluirse en una historia y sentirse responsables de ella.

A título de ejemplo, cuando las familias de los barrios pudieron contar juntas la historia de su combate por el derecho de ser una familia y tener una vivienda, cuando comprendieron los desafíos que representaba decir de esta manera, juntas y públicamente, su identidad, sus convicciones, entonces se sintieron motivadas para controlar también la historia presente, la vida social y política, la vida colectiva de su barrio.

A la creación de lugares de expresión para los más pobres que sean espacios de encuentro con todos los demás medios sociales, introducir en ellos los medios para comprender lo que se piensa y lo que pasa en el mundo, hay que poder añadir la de una verdadera agrupación de todos en torno a

² Creadas por el Movimiento internacional ATD Cuarto Mundo, las universidades populares son lugares de expresión en los que los más desfavorecidos pueden compartir su historia, sus vivencias, sus experiencias de resistencia contra la miseria para preservar su dignidad. Son lugares en los que la experiencia de vida del subproletariado y la de otros ciudadanos se encuentra y puede ser intercambiada.

un proyecto común. Una cultura viva siempre es un combate por ideales que unos y otros respeten a pesar de sus diferencias. ¿Cómo una cultura para el día de mañana no va a ser la del rechazo a la exclusión, la del encuentro y la fraternidad entre pueblos diversos, empezando por los más pobres, a partir de lo que ellos tengan que decir sobre todos los asuntos de la humanidad y de Dios?

Una dinámica de agrupación significa, claro está, la creación de manifestaciones, fiestas en lugares significativos en los que se aseguraría a todos el acceso, empezando por aquellos que hasta ahora no se desplazaban más que para huir de una calamidad o porque estaban siendo perseguidos.

IV – EL ARTE, EL SABER, LA MODERNIDAD LLEVADAS HASTA LO MÁS BAJO DEL MUNDO

¿Es necesario dar detalles de una acción a la que todos estamos invitados y en la que cada gesto, por modesto que sea, se vuelve significativo cuando se inspira en los principios que hemos desarrollado esta noche?

Es conveniente permitir a los niños y a los padres iniciarse en las artes, en las diversas expresiones culturales de que han gozado los hombres a través de los siglos y que constituyen el patrimonio de todos.

De esta manera, los más pobres tienen derecho a que grupos de teatro vengan a sus casas, organicen giras en los barrios más excluidos. Tienen derecho a interpretar Antígona, Ifigenia, como hicieron en 1966 en el barro del barrio de chabolas de Noisy-le-Grand. Era el inicio de una expresión teatral del mismo Cuarto Mundo que se extendía mucho más allá de los límites del barrio de chabolas.

Es urgente que los artistas: pintores, escultores, músicos..., y personas de oficios nobles: herreros, carpinteros, cerrajeros, horticultores... vayan donde viven los más pobres para compartir sus conocimientos con ellos. Es urgente aprender de los más pobres, a su vez, esta fuerza de rechazo que hace de ellos personas que se mantienen de pie.

Como ejemplo, citaré el fresco histórico realizado en mayo de 1984 en el distrito XIII de París “Pies húmedos y Gagne-Petit”. Este fresco no sólo permitió al Cuarto Mundo redescubrir una parte de su historia, sino que también le permitió acceder a la expresión teatral, experimentar algunos oficios a través de la puesta en escena del propio espectáculo... Fueron más de 200 personas del Cuarto Mundo que, en esta ocasión, se miraron juntos para hacer su historia comunicable de manera digna, con orgullo y honor.

Tenemos que inventar sobre todo también los medios para hacer entrar el libro en los barrios más desfavorecidos. Hay que multiplicar los ejes culturales, las bibliotecas de calle³ y los biblio-bus, prever animaciones públicas en torno a la palabra que ha sido comunicada por escrito. Todo esto sin olvidar nunca que el ordenador forma parte de las herramientas culturales y que en el Cuarto

³ Esta acción cultural, llevada a cabo con los niños más pobres, consiste en ir con libros al encuentro de familias muy desfavorecidas, para permitirles, como ellas desean, abrirse al mundo e inscribirse en una corriente cultural de la que son excluidas a menudo. Quieren crear sed de saber, reconciliar al niño con el aprendizaje y particularmente con la escuela.

Mundo se ha mostrado como un instrumento extraordinario para despertar a la lectura y a la escritura.

Siempre me acordaré de un niño de 10 años que, en la escuela, estaba totalmente encerrado en sí mismo. Sin embargo, en el eje cultural que el Movimiento animaba en su barrio, era dinámico y radiante. Entonces un día, en su clase, pudo hablar de ese eje cultural en el que todos los niños de su barrio pasaban horas leyendo, contándose cuentos, un lugar en el que aquel que sabía enseñaba al que no sabía. Por su manera de hablar, revelaba que para él, el eje cultural era ese lugar del libro, ese lugar de descubrimiento, de expresión, de agrupación alrededor del saber.

En efecto, el eje cultural no es una pequeña actividad al lado de otra, formando parte al igual que otras de una especie de acción de desarrollo comunitario. ¡El eje cultural es el elemento esencial de la liberación de todo un pueblo! Por otra parte, no sólo se presenta y comparte en torno al libro. El eje cultural es un lugar de compromiso de toda la sociedad, el lugar en el que esta sociedad asume por fin sus responsabilidades y dice: gracias a este niño subproletario, todo su medio social sabrá a partir de ahora todo lo que yo sé.

La población pobre tiene derecho a tener en su seno sitios así, en el mismo centro de su historia. De una historia que no puede construir sola y que exige el compromiso de todos nosotros. Implantar, reconocer, financiar acciones así es para una sociedad, el signo de que quiere aportar a los más pobres lo mejor de sí misma. También es signo de que cree que el Cuarto Mundo puede a su vez, aportar lo mejor de sí mismo.

Lo mejor de nosotros por fin compartido ¿no es ésta la respuesta a la cuestión que nos planteamos todos de la exclusión? Lo mejor de nosotros es la convicción de que un día, la humanidad ya no necesitará a los más pobres como cabeza de turco y no se deshonrará a sí misma considerándolos como desechos.

Ese día, el más pobre podrá vivir su historia sin tener vergüenza, rechazar lo que rechazamos nosotros, confiando en que nunca volveremos a construir nuestro pensamiento y nuestra cultura sin él.